

ENTRE DOS MUNDOS

...Por los siglos de los siglos, amén. Y de esta manera el cura concluyó la última oración por el alma de Álvaro.

Así daba por finalizado el tercer capítulo de su novela. Sentado frente al ordenador en su mesa de trabajo, Íñigo Azuaga estiró los brazos al frente, sus músculos estaban agarrotados por las horas de escritura. Su editor estaba impaciente; el libro tenía que salir ya y lo cierto era que no contaba con un final, no con el final que él quería para sus lectores.

Apenas había salido el sol cuando Íñigo Azuaga abrió el periódico frente a su humeante descafeinado matinal: política, sociedad, deportes... Algo le llamó la atención repentinamente, era una esquela de defunción que despedía a Álvaro Sierra Revaliente. Casualmente el protagonista de su novela se llamaba igual y eso picó su curiosidad. Como decía en el periódico, a las once y media de la mañana se celebraría el funeral en la iglesia de San Marcos. Y allí estaba él entre estupefacto e incrédulo, asombrado y perplejo, pues reconocía algunos de los personajes de su novela entre los asistentes. Alguien a su espalda le habló como en un susurro. Se dio media vuelta y allí estaba ella tal y como la había descrito en su libro: morena, con el pelo enmarañado y una rara belleza.

Íñigo no salía de su asombro. Sin mediar palabra la siguió a la salida del templo. Una vez fuera se sintió acobardado: esta no era la plazoleta de San Marcos, ni era su gente, ni siquiera su ciudad. Había cambiado de escenario. Estaba metido en su novela rodeado de los personajes que él mismo había creado y lo que más le impresionaba era Luna. Sus ojos confundidos coincidieron con la luz de la mirada de ella y supo que estaba atrapado por su magnetismo por siempre jamás.

En su novela la definía como una mujer valiente y apasionada, capaz de comerse el mundo y luchar hasta el final.

Luna le hablaba sin parar, moviéndose de un lado a otro y gesticulando con sus manos. Le hablaba de la estatuilla de la terrible Gárgola, de la oscuridad en la que estaban viviendo y de Álvaro, que murió intentando salvarla. Su recuerdo llenó sus ojos de lágrimas.

Íñigo estaba aturdido, ¡claro que conocía la historia!, la había creado él como a todos sus personajes, incluida la Gárgola. Sabía lo que pasaba, pero, ¿qué pintaba él allí, qué quería Luna de él? Era un simple escritor que ni siquiera sabía cómo darle un final a su novela.

Luna insistía en pedir su ayuda. Gárgola había convertido a todos los habitantes